

TRADICIÓN E IDENTIDAD EN LA CULTURA MEXICANA

Agustín Jacinto Zavala / Álvaro Ochoa Serrano

COORDINADORES



EL COLEGIO DE MICHOACÁN
CONACYT

Tradición e identidad en la cultura mexicana

Agustín Jacinto Zavala / Álvaro Ochoa Serrano

COORDINADORES



El Colegio de Michoacán



Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología

ÍNDICE

Prólogo de los editores	13
José María Muriá <i>Presentación</i>	15
Introducción	19
Luis González y González <i>Los fundadores de la nacionalidad mexicana</i> Comentario: Roberto Cantú	27 39
José del Val <i>México, indigenismo e identidad</i>	47
Agustín Jacinto Zavala <i>Algunos problemas en el estudio de la identidad étnica</i> Comentario: Ramón Gil Olivo	55 83
PRIMERA RAÍZ: LOS QUE ESTABAN	
José Francisco Román Gutiérrez <i>Los chichimecas: notas sobre cacería y nomadismo</i>	89

Jean Marie Le Clézio	
<i>Historia y mito en el mundo chichimeca</i>	113
Ulises Beltrán	
<i>La identidad de los tarascos</i>	119
Comentario: Carlos Paredes	147
Moisés Franco Mendoza	
<i>El derecho consuetudinario entre los indígenas p'urhépecha</i>	153
Comentario: Eloy Gómez Bravo	181
J. Benedict Warren	
<i>Los tarascos en el siglo XVI. Algunos temas de investigación</i>	185
Comentario: Gerardo Sánchez Díaz	201
Eduardo Williams	
<i>Supervivencias prehispánicas en la cerámica "tradicional" del occidente de México</i>	205
Comentario: Otto Schöndube B.	235

SEGUNDA RAÍZ: LOS QUE VINIERON

Francisco Miranda Godínez	
<i>El mestizaje, un proyecto de Tomás López Medel y una experiencia de Vasco de Quiroga</i>	247
Comentario: Gaspar Aguilera	267
Cayetano Reyes García	
<i>El altepetl y la reproducción de la cultura náhua en la época colonial</i>	271
Comentario: Ethelia Ruiz Medrano	299

Óscar Mazín Gómez
Culto y devociones en la catedral de Valladolid de Michoacán, 1586-1780 305
Comentario: Alberto Carrillo Cázarez 351

Eugenia Revueltas
Texto y representación: el teatro misionero y la interculturalidad 357
Comentario: Evodio Escalante 373

TERCERA Y CUARTA RAÍCES: LOS QUE TRAJERON

Phil C. Weigand
La población negra del occidente de México según el censo de Menéndez (1791-1793) 381

Ma. Guadalupe Chávez Carbajal
Negros y mulatos libres en Michoacán 393
Comentario: Álvaro Ochoa Serrano 407

Arturo Chamorro
La herencia africana en la música tradicional de las costas y las Tierras Calientes 415
Comentario: Gabriel Moedano 449

María Elena Ota Mishima
Las influencias culturales de los grupos asiáticos en México 459
Comentario: Cristina Barrón Soto 469

TRADICIÓN E IDENTIDAD

Alfredo López Austin
Las culturas indígenas ante el cambio 477

Herón Pérez Martínez	
<i>Semiótica de la identidad en el refranero mexicano</i>	483
Comentario: Philippe Schaffhauser	523
Robert V. Kemper	
<i>Migración y transformación de la cultura mexicana: 1519-1992</i>	533
Comentario: Rafael Diego-Fernández	549
Abelardo Villegas	
<i>Identidad y universalidad</i>	555
Comentario: Andrés Lira González	565

LOS FUNDADORES DE LA NACIONALIDAD MEXICANA

Luis González y González
El Colegio Nacional/El Colegio de Michoacán

EL TEMA DEL ORIGEN

de los hombres, de sus ideas y de sus conductas ha sido el más frecuentado por todas las historiografías. Los historiadores narrativos rara vez prescinden del nacimiento de sus personajes, de la fundación del pueblo que historian o del punto de partida de los acontecimientos que narran. La historia edificante insiste en fundadores, padrinos y papás de la patria. don Edmundo O'Gorman y don Silvio Zavala, líderes de las dos principales corrientes de la historiografía académica en México, deben parte de su prestigio a sus obras sobre la invención de América y las instituciones fundamentales del Nuevo Mundo. De la historiometría se espera la desmitificación sobre el origen de las sociedades hispanoamericanas. La obsesión de las filosofías de la historia son el origen y la meta del acontecer humano. Los historiadores de todas las sectas se ocupan en el descubrimiento de natalicios, orígenes, albas y fundaciones.

Es tan fuerte el deseo de develar el origen de todo ente histórico que se han establecido días sin obligación de trabajar, fechas en que sólo obliga el recuerdo del amanecer. Los días de cumpleaños nos conducen a cada uno de nosotros a la evocación del nacimiento o de la boda, según el caso. Las fiestas patronales de cada comunidad se proponen la remembranza mítica o verdadera de la fundación del pueblo. Los días patrios suelen emanar discursos sobre los padres de la patria y el punto de partida de nuestro estado-nación. Cumple años, cumple décadas y cumple siglos son pretextos para recordar el arranque de un individuo, una familia, un pueblo o patria, una nación o patria y una cultura o estilo

religioso. A golpe de aniversarios volvemos mentalmente a nuestra gestación individual y colectiva.

Los que profesamos el vicio de recorrer librerías y ojear catálogos de libros recién impresos estamos conscientes de la abundancia de publicaciones históricas hijas del aniversarismo, hechas a propósito del primero, segundo o quinto centenario del movimiento de tal héroe, prócer, artista o escritor, de los 450 años de la fundación de Morelia o de Guadalajara, del sesquicentenario de nuestra vida como país independiente, y ahora, en medio de las luchas simbólicas de una olimpiada, de los dimes y diretes de intelectuales acostumbrados al rasguño verbal. El quinto centenario del descubrimiento de América por unos españoles que comandaba un genovés. La moda en este año es debatir y hacer comentarios sobre el suceso que López de Gómara consideró el tercero en orden de importancia mundial, el máximo después de la hechura del mundo y de la vida, pasión y muerte de Jesucristo. El tema obligado del momento en ese Adán conocido por el nombre de Cristóbal Colón y los numerosos cristobalitos que pusieron los cimientos de las veinte construcciones nacionales que actualmente constituyen la familia hispanoamericana.

Quizá la mayoría de nuestros historiadores siga considerando a los países de la América hispánica como sustancias a las que les acontecen cosas, como territorios y pueblos esclavos de temporales y guerras, o como seres biológicos que nacen, crecen, se reproducen y mueren. Como quiera, son cada día más los incrédulos en las esencias patrias y los creyentes en que tribus, comunas, provincias y naciones, son existencias sin nacimiento, pero sí con fundación, que se hacen a sí mismas viviendo. Ninguna colmena humana tiene ser, sólo siendo, sólo historia. En el transcurso de los siendo nacionales se distinguen actores y acciones. Nosotros podemos preferir a los primeros o a las segundas. En esta circunstancia nos inclinamos por la evocación de los seis primeros artífices de la nacionalidad mexicana, por

EL CONQUISTADOR-ENCOMENDERO,

el apóstol frailuno, el agente del rey, el colono, el indio ladino y el negro esclavo. Ellos parecen ser los responsables de las seis acciones que

denominamos la conquista de México, la evangelización de los indios, el virreinato de la Nueva España, la economía colonial, el mestizaje y la magia negra. Esos hombres y esas obras se establecieron como acto fundador, como episodio fundamental del drama cuyo título es México, cuya denominación, por no ser exclusiva ha dado lugar a que se le confunda con el drama tenochca, o el México antiguo.

Los hacedores de la cimentación o del primer acto del México aún inconcluso, todavía en obra, son el asunto de mi ponencia. A propósito del Quinto Centenario, quiero proponer la identificación de los actores o albañiles del alba de México. Por haberse retratado en sus acciones, el estudio de su perfil nos ayudará a comprender la historia posterior de la cultura mexicana. Su influencia no ha dejado de sentirse. Quizá todavía viva el ejemplo de aquel puñado, de los dos mil hombres que llegaron a estas tierras vestidos de hierro. Seiscientos acompañaban a Hernán Cortés; ochocientos venían a las órdenes de Pánfilo de Narváez; doscientos cincuenta eran gente de los Montejo, y los restantes de Alderete y Garay.

Quizá tenga alguna significación el que un tercio de lo soldadesco de la conquista haya sido andaluza y casi la mitad extremeña y castellana. La mayoría había nacido en territorios recién reconquistados y en el seno de sociedades con ímpetus de lucha. Todos eran jóvenes menores de cuarenta años, vellosos, fuertes y en su mayoría trigueños. Los más eran pobres que no humildes. Los pocos hidalgos, aspiraban a la consolidación de su nobleza haciéndose ricos y poderosos. Los muchos hijos de menestrales andaban en busca de la hidalguía. Se proclamaban cristianos viejos. Como quiera, eran proclives a las conductas islámicas alentadoras del erotismo y el lujo.

Cuatro ideales parecían servirles de orientación o estrella polar. Aspiraban contra viento y marea a ser señores feudales, a ir contra los gustos centralistas de los reyes católicos y el emperador Carlos V. Eran sinceramente cristianos, estaban dispuestos a meter al redil de la cristianidad a todos los sin Dios, a todos los indios que se toparan. Pese a la dificultad de hacer caber en el mismo saco los ideales opuestos de la cruz y la media luna pensaban como cristianos y querían vivir como musulmanes. Aunque no se llevaba el ideal monogámico del cristianismo con la poligamia del Islam, tendían al harem, aspiraban a la colección de mujeres

moruscas y morenas, querían hacer realidad el mito de las amazonas y entretanto convivían alegremente con las damas bronceínas del mundo recién descubierto, menos pudibundas que las de Europa.

Si se les mide conforme al código universal de la milicia resultan guerreros en grado heroico. Desde el agarre en las tierras fangosas de Tabasco hasta la caída de la insular Tenochtitlan se distinguieron como soldados de pie y de a caballo, de combate a distancia y en corto, de lucha sobre agua y sobre tierra. Su temeridad y sus virtudes militares son indiscutibles. La valentía y el buen manejo de armas, caballos y bergantines fueron virtúdes de todos. Sin embargo, la astucia que precipitó la caída de los imperios tenochca y p'urhépecha y de muchos señoríos menores hay que atribuirlo a los capitanes, y sobre todo al indiscutible genio de Hernán Cortés. El suscitó la lucha interétnica y obtuvo para sus fines la ayuda de los pueblos. Sin el apoyo de los conquistados ¿habría habido conquista? Gracias a la astucia de Cortés, la demolición original fue obra de los indios tanto como de los españoles.

En poco tiempo a costa de su escaso pecunio y con menos derramamiento de sangre que el acostumbrado entonces, aquel piquete de barbudos, con la ayuda de los que se esperaba fueran sus enemigos, deshizo reinos y cacicazgos. Algunos, una vez derrumbados los imperios y señoríos de Mesoamérica siguieron en la tarea de descubrir y conquistar, de hacer suyos los territorios y los pueblos del norte y del extremo occidente. La mayoría optó por la vida señorial y cómoda de la encomienda consistente, según es sabido, en la práctica de ciertas obligaciones de índole policial, en el derecho a exigir tributos a los encomendados y en la posibilidad de obtener repartimiento de indios para las empresas del encomendero. Según el doctor José Miranda, le cupo al conquistador titular de una encomienda ser simultáneamente una especie de amo feudal y de empresario capitalista. Junto a la misión política de gobernar en nombre del rey tuvo la fundación económica de producir, aparte de bienes de consumo, bienes de cambio; además de ganado y trigo, metales preciosos.

La historia escrita reciente en vez de colocar las hazañas militares del conquistador en la lista de méritos, en el haber, la ha puesto en la lista negra, en el terrible debe. Tampoco han sido valorados positivamente las

formas como se enriqueció. Se les reconoce poco espíritu empresarial y mucha inclinación a enriquecerse con el botín y con la indiada de sus encomiendas. Se olvida la acción evangelizadora del conquistador, salvo la encaminada a despedazar ídolos. Según la moderna tradición historiográfica el torvo de aquella película, el villano, fue el hombre de la espada y el bueno, el hombre de la cruz,

EL SACERDOTE-MISIONERO

de las órdenes mendicantes y de la compañía de Jesús. Su número fue menor que el del soldado. Hacia 1570 trabajaban en la mies novohispana unos 400 franciscanos; 250 dominicos; un centenar y medio de agustinos, y cosa de 500 sacerdotes seculares. Su traslado a la Nueva España fue a costa de la real hacienda. Los reyes católicos aceptaron con gusto la orden del papa Alejandro VI de dilatar la fe en las tierras que se hallaron al oeste del meridiano distante cien leguas de las Islas Azores o Cabo Verde. El convenio quedó establecido en la bula *Inter caetera*, de 1495. Los monarcas españoles asumieron el documento papal no sólo como encomienda para difundir el cristianismo sino también como donación de soberanía sobre los pueblos que lograron meter al redil de la cristiandad. Como quiera, para los obispos de México, Guatemala, Chiapas, Oaxaca y Michoacán, reunidos en 1546, “la causa única [...] de conceder la Sede Apostólica el principado [...] de las Indias a los reyes de Castilla y de León fue la prédica del Evangelio [...] y la conversión de aquellas gentes naturales de aquellas tierras” que no para ceder dominios y ensanchar imperios.

Los ideales de la legión frailuna diferían notablemente de las aspiraciones de la gente de caballo y espada. El buen porte y la riqueza los tenía sin cuidado y consideraban que la tarea a cumplir era incompatible con los placeres del cuerpo. La adquisición del poder sí los inquietaba pero nunca al grado de estorbarles sus dos propósitos mayores: el conocimiento del indio y su redención. Eran gentes atraídas por la sabiduría y la santidad. Aspiraban al conocimiento de la tierra y el hombre americanos, con una pasión que superaba la curiosidad de los milites. Legitimaban su afán cognoscitivo, querían saber para sacar adelante la pretensión de

redimir la república indiana con la fe de Jesucristo, con la evangelización en altas dosis.

Hoy se aplaude la observación minuciosa que hicieron los frailes de las principales etnias que habitaban el corredor de Mesoamérica. Sin contar diccionarios y artes de los idiomas indígenas, redactaron vastas etnografías. Fray Jerónimo de Alcalá hizo la relación de los tarascos, fray Bernardino de Sahagún la de los mexicas, fray Diego de Landa la de los mayas y así otros. El grupúsculo de los misioneros sentó las bases de la cultura laica de México con las obras de lingüística, de etnografía y de historia. Las relaciones de méritos y servicios de los soldados de la conquista y las crónicas de los misioneros dejan consolidada dos maneras de hacer historia: la narrativa y la edificante. Además, producen libros sobresalientes en el ámbito de la cultura religiosa: catecismos, doctrinas, sermonarios, etc. Y en otro terreno, difunden en la Nueva España las artes de Europa: los templos fastuosos, la pintura didáctica, las imágenes de santos, los cristos y la música religiosa.

De los artífices de la primera etapa de la construcción de México, el sacerdote tuvo a su cargo la parte más vistosa, la relativa al espíritu, lo que se conoce con el rubro de evangelización. La denuncia de Vasco de Quiroga de que los misioneros hacían “muchos malos tratamientos a los indios con muy gran soberbia y crueldad” no consigue opacar la eficazísima labor de infundir obediencia a los sacerdotes del nuevo culto y de meter en la mente de los indios los mandamientos de Dios y los cinco de la Iglesia, las catorce obras de misericordia, los siete pecados capitales y sus contravenenos, el amor al prójimo, los enemigos del alma, los deberes de los padrinos y otros modales de la moral cristiana. Aparte de muchos rezos y de una liturgia pintoresca y ruidosa, los religiosos también ejercieron el papel de maestros de artes y oficios gratos y útiles. Junto con los dones del espíritu santo y las bienaventuranzas, enseñaron de modo selectivo el arte de leer, escribir y cantar, y para todos, algunos quehaceres requeridos por la vida práctica.

El misionero dejó muy pocas tareas sin ejercer. Muy rara vez tomó las armas; tampoco fue habitualmente hombre de negocios, pero con frecuencia dictó leyes, reprimió maldades y puso en marcha la hechura de cofradías, pueblos, y otras acciones propias y reservadas al César, al

monarca, a la autoridad civil. Como el encomendero, el fraile llegó a tomarle gusto al poder. De mil amores habría suplido

AL GOBERNADOR O FUNCIONARIO REAL,

al grupo de jefes constituido por el virrey, los oidores, los alcaldes, los corregidores y otros despachados por la corona para mandar, reprimir y hacer órganos para la convivencia humana. Al contrario del conquistador y del sacerdote cuyo transtierro a la Nueva España fue total y definitivo, el gobernante se repartió entre las dos Españas. Los encargados de hacer valer la autoridad del rey residían en gran parte en la península; eran miembros del Consejo de Indias y otros aparatos gubernamentales remotos. El medio millar residente en la Nueva España rara vez lo fue de por vida. Por regla general, los administradores primeros de la vida pública mexicana llegaron y se fueron pronto en el mejor de los casos, ahora eran jueces o mandamases en una porción del nuevo país, y mañana en otra. Muchos se llamaban letrados. Los primeros virreyes pertenecían a la nobleza y gustaban de las ceremonias. Poseían corte y guardia. Fueron simultáneamente capitán general, gobernador, presidente de la audiencia, vicepatrono del orbe eclesiástico y superintendente de los negocios hacendarios. Casi tan poderosos como el virrey fueron los oidores. Y los corregidores y alcaldes los imitaban.

El primitivo funcionario real, no obstante su importancia en la construcción de México, ofrece una imagen menos clara que la de los otros artífices del país. Quizá los agentes del rey eran más desemejantes entre sí que los conquistadores y los misioneros. Como quiera, tenían en común, además de una buena estirpe, una acendrada fidelidad a la Corona, y concretamente al emperador Carlos V y el rey Felipe II. Eran opuestos a las pretensiones de poderío autónomo de los grupos conquistador y misionero. Aspiraban a ser fieles cumplidores de los ideales imperialistas, centralizadores, lucrativos, apostólicos y justicieros del monarca español. No sólo el virrey se empeñó en hacer las veces de rey en la Nueva España. Todos asumieron con gusto las obligaciones de contribuir al poblamiento, a la expansión y a la buena marcha del país en obra.

A los primeros funcionarios superiores de la Nueva España se deben algunas obras materiales (camino, puentes y palacios), muchos reglamentos y leyes, concesiones de dinero, de aguas y de tierras a los que habían ganado el nuevo mundo, consejos y actitudes patriarcales y otras cosas que venían en gana. Las cabezas de centenar y medio de alcaldías mayores también como padres todopoderosos de sus respectivos cacicazgos desempeñaban, con pocas cortapisas, muchas tareas. Su intervención en la vida de los indios fue casi tan mayúscula como la de los misioneros, si bien de distinta índole. Los funcionarios que se llamaban menores fueron muy eficaces en el cobro de los tributos y la administración y empleo de los bienes de comunidad. Manejaron a su antojo los municipios indígenas. El doctor José Miranda dice: “Creada con el noble propósito de proteger a los indios, la institución del corregimiento se corrompió pronto”.

Los prepotentes funcionarios reales de entonces estaban muy lejos de ser como los burócratas de ahora tan proclives a la especialización. Aparte de ejercer papeles de dirección, milicia y fomento económico, le hacían también de promotores de la cultura. No sólo fueron auxiliares asiduos de la acción de los misioneros. También colaboraron al conocimiento de la vida y cultura que se esfumaban. Como se sabe, en toda la Nueva España, alrededor de 1580, corregidores y alcaldes juntaron a los líderes de los pueblos para responder a un cuestionario que preguntaba por la geografía, la historia, los modos de vida, las formas de organización y gobierno y los valores culturales de quinientas comunas indígenas de la Nueva España que en la época anterior a la venida de los españoles eran más diferentes entre sí que en el alba de la nueva nación y mucho más que ahora.

Podría añadirse al esbozo de los primeros gobernantes alguna referencia a gobernadores, alcaldes ordinarios y alguaciles de las congregaciones indígenas. Se hará en el capitulillo destinado a los ladinos. Por lo demás, los funcionarios reales, aparte del ejercicio de poder, veían con muy buenos ojos las prácticas económicas. El virrey y los oidores le hacían al empresario, aunque con alguna discreción. Los otros funcionarios, los corregidores y los alcaldes mayores, desplegaron abiertamente su espíritu de empresa. Aunque el hacer dinero distaba de ser una

actividad tan prestigiosa como hoy, ellos querían ser ricos hombres antes que caballeros feudales. Muchas veces se confundían con

EL EMPRESARIO-COLONO,

con el capitalista que fue el último contingente español de los llegados a la Nueva España. Que yo sepa nadie ha establecido la cifra de los negociantes venidos de la vieja a la Nueva España en el siglo XVI. Quizá no superó la de frailes, conquistadores y funcionarios. Para los otros fueron los advenedizos. No tenían títulos ni privilegios. Ninguna sangre les daba ínfulas. Ninguna universidad u orden religiosa avalaba su sabiduría. Eran el hazmerreir y la pluma de vomitar de valientes, cultos y nobles.

Viene de España por el mar salobre
a nuestro mexicano domicilio
un hombre toscó, sin algùn auxilio,
de salud falto y de dinero pobre.

Y luego que caudal y ánimo cobre,
le aplican en su bárbaro concilio
otros como él, de César y Virgilio
las dos coronas de laurel y robre.

Y el otro, que agujetas y alfileres
vendía por las calles, ya es un Conde
en calidad, y en cantidad un Fúcar;

¡Y abominaba después el lugar donde
adquirió estimación, gusto y haberes:
y tiraba la jábega en Sanlúcar!

Huelga decir que la mira principal del hombre toscó al que se refiere el soneto anterior era hacerse rico, y la segunda, disminuir su tosquedad, su poco peso entre los suyos mediante la riqueza. Ya ningún español ignoraba que poderoso caballero era el dinero. Ya ninguno pertenecía al sistema económico natural. Todos eran miembros del orden monetario. Unos se quedaron a vivir de por vida en la Nueva España; otros, los mercaderes, por ejemplo, iban y venían dentro del país y al través de los

océanos Atlántico y Pacífico. La mayoría llegó muy tosco, pero de una zona de España de grandes negocios y negociantes.

Casi todos sufrían la tentación incontenible de los metales preciosos. Se buscaba El Dorado con enorme ansiedad. El norte de los pioneros de la economía mexicana fue el oro y la plata. La fiebre argentina a raíz de los descubrimientos en Guanajuato y Zacatecas, fue la enfermedad que más cundió en todos los grupos responsables de la fundación de México con excepción del religioso. Otro ideal muy fuerte de nuestro primer empresario fue el de ser ganadero, señor de miles de reses. Eran pocos los atraídos por la agricultura y la industria.

Los empresarios improvisados de la primera hora dejan bien establecidas cuatro instituciones económicas: la minería, la ganadería, la agricultura para el mercado y el comercio a distancia. Las fundan en complicidad con los conquistadores encomenderos y con la ayuda del rey y los oficiales de la corona. Aunque no es fácil obtener una visión nítida acerca de cómo operaban los pioneros de las actividades económicas del país en ciernes, cabe hacer algunas afirmaciones valederas. 1) Pusieron las bases de la explotación del subsuelo del territorio mexicano con técnicas de explotación punteras. 2) Fundaron, con el nombre genérico de reales de minas, urbes laberínticas y dinámicas. 3) Dieron contenido al tráfico mercantil en las dos mayores masas marítimas. 4) Inundaron a la nueva nación de vacas, burros, corceles y otros animales que dan de comer, transportan y enaltecen al hombre. 5) Inventaron el estilo de vida hoy conocido con el nombre de ranchero y el deporte de la charrería que se autonombra nacional. 6) Fueron los autores de ciertas manufacturas que aún persisten y 7) Fomentaron la esclavitud, la servidumbre y otras maneras de humillar y moler al prójimo.

Los mineros, los hacendados incipientes, los comerciantes y demás hombres de negocios transterrados a la Nueva España, agrupados aquí con la denominación del empresario, fue el último trigueño en llegar al nuevo país en obra, pero sin duda, no completa el equipo de los fundadores de la nacionalidad mexicana. Tan importantes como el empresario de piel blanquizca o moreno clara en la construcción inicial de la figura física de México, y quizá más importante que el funcionario gachupín en la hechura del nuevo orden social es la del indio aliado. Como quiera, por

falta de tiempo y sobra de ignorancia, dejaré de esbozar en esta ocasión a dos vigorosos albañiles del amanecer de México:

EL INDIO LADINO Y EL HOMBRE DE ÉBANO

que tan eficazmente colaboraron en la fundación de esta patria todavía inconclusa, que si no se le atraviesa un accidente mortal, le falta mucho por hacer y decir. El indio y el negro ameritan un boceto mayor y más preciso del que pueda hacer aquí y ahora. Serán el tema, si no único, sí el principal del papel que tengo ofrecido para las próximas jornadas del Centro de Estudios Históricos que nació en Jiquilpan poco antes de El Colegio de Michoacán. Entretanto aquí en El Colegio de Michoacán propongo la canonización como fundadores del México que va que vuela a la edad de quinientos años a los seis personajes colectivos que se acostumbra identificar con los nombres del conquistador, el misionero, el funcionario real, el colono, el indio aliado y el negro. Si la canonización exige seres individuales en vez de colectivos, se postulan para el título de fundadores de México a Hernán Cortés, Toribio Motolinía, Antonio de Mendoza, Bartolomé de Medina, Juan Diego y Estebanico. Las candidaturas de Motolinía y Juan Diego pueden sustituirse por las de Vasco de Quiroga y la Malinche.